



Seix Barral

# Fabián Casas

## El libro del karate imaginario y otros ensayos



**Fabián Casas**  
El libro del karate imaginario  
y otros ensayos

---

## LOS PUMAS Y LA REPETICIÓN

El día que más tenían que llorar, los Pumas no lloraron y eso fue fatal. Había muerto Diego Maradona y los homenajes —sentidos, falsos, geniales, tontos— se repetían por doquier. Para colmo, los Pumas presenciaron uno de los más singulares de los que se dieron en el mundo: el capitán de los All Blacks se desprendió de la formación que iba a enfrentar a nuestros muchachos y extendió una camiseta negra sobre el césped con el nombre de Diego Maradona. La forma en que ese hombre caminó era ceremonial y poco afectada, daba la impresión de que lo que estaba haciendo era cierto, no retórico. A mí me emocionó por la simpleza de sus movimientos. Sostenía la camiseta como si llevara un puñado de cenizas que se podían desbandar al primer soplo de viento. Fue un homenaje sentido y una apropiación cabal. De pronto, Maradona tenía más cosas en común con unas personas nacidas en la otra punta del mundo que con los Pumas, ese animal típico de nuestra selva y en peligro de extinción. Después vino el haka, el ritual atávico que los All Blacks hacen para meter temor en el rival y combatir su propio miedo. Los Pumas miraban estupefactos lo que estaba pasando delante de ellos. Su pobre homenaje, hecho a las corridas, era una cinta negra de embalar que llevaban en su brazo en señal de luto y que apenas se veía porque ellos

---

tienen una complexión muscular muy marcada. Está de más decir que, después de la paliza simbólica, vino la paliza deportiva: los All Blacks los aplastaron. Hasta ese momento, el haka argentino había sido el llanto. Los Pumas solían llorar, abrazados, emocionados, cuando cantaban el himno. ¿Qué les traerá a la mente el himno argentino que los emociona tanto? A mí, por ejemplo, el himno me produce tristeza: cada vez que lo escuché a lo largo de mis 55 años empecé a ver, como el nenito de *Sexto sentido*, gente muerta: en las radios en el comienzo de la dictadura, o cuando mandaban a mis amigos a Malvinas. Pero el error de los Pumas se pagó caro: padecieron lo que Jacques Derrida llama el mal de archivo. Desde que existe internet, cada vez tenemos menos posibilidades de practicar la memoria, estamos a un clic de todo. Y ya no existen recuerdos mortales: todo es inmortal. Para su próximo cumpleaños, yo le regalaría a Pablo Matera —el capitán de los Pumas y feroz tuitero del Ku Klux Klan— el libro de Borges que contiene el cuento «Funes el memorioso». La historia fantástica de un hombre condenado a recordar exactamente todo. Por eso, escribe Borges, la gente trataba en su presencia de no hacer movimientos de más, ya que estos iban a estar en la memoria de Irineo Funes por siempre. Desde su fallido homenaje, los Pumas entraron en la maldita repetición. Al igual que Bill Murray en la película *Hechizo del tiempo*, ellos se despiertan siempre en el mismo día en que no supieron homenajear al Diez. Y tienen que volver a hacerlo, buscar otra forma que pueda ser creíble. En el último partido —contra Australia— salieron con un número diez —un parche— en una de las mangas de la camiseta. Fue un parche, no fue suficiente. Me río imaginando cuál va a ser el próximo homenaje. Sería genial que el homenaje de los Pumas a Maradona se convierta en un ritual eterno, como una performance artística, que se repita mientras el capitalismo exista, siempre,

---

de diferentes maneras y con diferentes coreografías. De todas formas, para el clamor popular, ese gesto siempre va a ser insuficiente. Es paradójico, porque, si buceamos en la historia del rugby, encontramos que es el deporte que más jugadores desaparecidos tiene por oponerse a la dictadura militar; mientras que es difícil encontrar un deporte más funcional a la dictadura y al neoliberalismo que el fútbol, ¿no? Pensemos en el Mundial 78, esa «fiesta de todos» que sucedía mientras en los sótanos del poder se masacraba a todo el mundo. Hace poco vi en las calles un cartel que me llamó la atención. Es otro homenaje a Maradona. No está firmado por nadie, parece financiado por el Espíritu Santo. En él se ve a Maradona en el centro rodeado de su padre y su madre: una santísima trinidad. Debajo está la frase: «amor eterno». Es una hermosa foto, con una indudable connotación religiosa. Las tres personas que posan están muertas. Y Maradona es captado en el momento previo a convertirse en el Maradona político. Da la impresión de que la foto intenta zanzar la grieta de los argentinos. La foto nos dice: este es el Maradona que debemos recordar, el joven que amaba a sus padres, no el rebelde, el complicado, el turbio, ni siquiera el que hacía el programa en Canal 13. La foto dice también: este es el mejor entorno de Diego, sus padres. Según Freud, en el inconsciente, la gente piensa que no va a morir nunca. Maradona encarnaba como nadie esa sensación

---

## UNA TELEFONISTA LLAMADA ANGELA

Apareció como Kaspar Hauser una mañana por la avenida principal de nuestro barrio. Se llamaba Carlos y rápidamente se puso en contacto con varios de nosotros. Como en esa época no había redes sociales, uno tenía la necesidad de hablar con la gente en persona. Así que te mirabas un rato o estabas sentado en la misma vereda y entonces te ponías a hablar, para que avanzara la acción, como suele pasar en las películas del genio de Martín Rejtman.

Carlos trabajaba en una zapatería de la calle Lavalle y andaba siempre bien vestido. Había tenido una vida difícil y se la había bancado. Eso le cayó bien a mi mamá, que lo adoptó rápidamente en la mesa familiar. Carlos tenía el pelo largo, le gustaba tocar la guitarra e impuso en mi grupo de amigos el amor por Led Zeppelin. En algún momento en ese escalón que va de la adolescencia a la juventud, lo perdí de vista.

Cuando empecé a trabajar en un diario, me lo encontré de golpe. Se ocupaba del escáner. Lo primero que me dijo cuando me vio fue: «¿Seguís escuchando a Led Zeppelin?». «Claro», le dije, y nos abrazamos. Hasta el día de hoy no sé cuál es su apellido. En el barrio era Carlitos Slowhand, porque tocaba la guitarra muy rápido, para mi mamá era Lojan y, para mis compañeros del diario, Carlitos Escáner. En ese

---

entonces corría por los pasillos de la redacción la leyenda de que nunca nadie había visto a Carlitos Escáner fuera del diario. Algunos conjeturaban que dormía ahí. Otros decían que si lo llegabas a ver afuera del diario, eso daba suerte.

Por eso pienso, a veces, en esas personas que dejamos de ver, que da la impresión de que se las tragó la tierra. La otra noche, con mi amigo Washington, nos acordábamos de Adrián Lago, otro amigo que se hizo humo. «¿Vos lo volviste a ver? ¿Sabés si se fue del país?». Esos amigos o amigas son como los animales en extinción, que ni siquiera las cámaras más sofisticadas de la National Geographic pueden captar. Sabemos que existen, pero les gusta huir y saben esconderse bien. Y, por algún motivo, ya no les importa contactarse. El poeta Germán Carrasco está obsesionado con uno de ellos. En su libro de ensayos *Retrato de la artista niña y otros apuntes*, escribe: «La wiña es cazadora nocturna. La especie más común es manchada, un leopardo pequeño. Sus hábitos solitarios, su cacería nocturna, su sigilosidad, la ternura de sus ojos un poco más juntos que la de los otros felinos, provoca una simpatía inmediata. Habitan, cazan y se camuflan entre los árboles como monos o ninjas y están en peligro de extinción debido a la desaparición de los árboles y de su fuente de alimentos: roedores, perdices, marsupiales». Pero, si bien las wiñas casi se extinguen, lo que surge muy vital en el lenguaje popular es la palabra *wiña* para nombrar al ladrón —dice Carrasco—, ya que la wiña debe ser rápida para robar su comida y no ser atrapada.

Si la palabra *wiña* primero representa a un animal y después a un ladrón y si el animal se extingue pero los ladrones no, la palabra ¿cambia de poder? ¿Se deteriora?

Pienso en esos peces fabulosos que moran las profundidades negras del océano y que tienen una antena que produce luz para iluminar el entorno y poder cazar. Y me acuerdo del chico rubio al que veíamos asomarse por su

---

ventana de la calle Loria, solo iluminado por la luz de velador y a quien nunca habíamos visto en la calle y conjeturábamos por eso que debería tener una especie de enfermedad desconocida.

Pero no solo la gente se esconde. La otra noche soñé con un poema de José Villa. Me desperté y empecé a buscarlo en diarios de poesía y en revistas donde podía haber estado antologado. Era uno de sus primeros poemas y era genial en mi recuerdo. Hablaba de una telefonista que se llamaba Angela, estaba seguro, y ella unía con sus cables a diferentes personas. En mi sueño, Angela era negra, cosa que puede ser porque el teléfono de mi casa materna, de Entel, era negro o porque Angela es el nombre de Angela Davis, no sé. No recordaba si en el poema se decía explícitamente que Angela era negra. Con Villa, en la juventud, armamos una revista de poesía. Así que empecé a contactarme con todos los que la hicimos para saber si se acordaban de ese poema, si no era solo un sueño mío. De esta manera volví a hablar con muchos amigos y amigas con los que no hablaba hace rato, y todos me decían que no encontraban al bendito poema o que no lo recordaban. Pero Bam Bam —uno de ellos— me pasó el contacto de Villa y le escribí. Me contestó enseguida después de miles de años de no vernos. Escuchar su voz me produjo una emoción profunda. Me dijo que el poema existía y que estaba en una antología de la revista *Crisis*, editada por Jorge Boccanera a fines de los ochenta. Me lo mandó escaneado. Ahí estaba Angela, la telefonista de mis sueños, que nos había conectado a todos de nuevo. Adjunto el poema: «Hay una telefonista llamada Angela/ que enreda las alas negras entre/ los cables y saca fogonazos,/ contactos increíbles/ minutos después del chisperío/ los cables arrojan un tendal de muertos/ (para que los amemos)».

---

## PARA QUÉ LLEVAR LIBRETAS DE APUNTES

Dos recuerdos: en el primero, hay un chico apoyado contra la pared de mi escuela primaria. Es de mañana y la luz del sol le pega contra un armazón de metal que tiene puesto en la cabeza del cual sobresalen dos orejas de burro. Mis padres o alguien, no sé, me habían dicho que si no estudiabas te ponían esas orejas para que todos sepan que eras un burro. La imagen es tan clara en mi memoria que me cuesta reconocer que no pasó en realidad. ¿Lo habré soñado, o lo vi en una ilustración y en mis recuerdos lo seleccioné como verdadero? ¿Lo habré visto en dibujitos animados? ¿Es un recuerdo implantado?

El otro: estamos en el dormitorio de mis padres con mis hermanos y mis tías, todos expectantes porque está por alunizar el apolo XI. Cuando lo hace y Neil Armstrong salta por la luna, todos aplaudimos. Después salimos al patio de casa para ver la luna en el cielo, brillante. Cuando pasan los años, mi mamá me dice que para la época de la llegada a la luna, nosotros no teníamos televisor y que jamás nos juntamos a ver ese espectáculo.

Pienso que si hubiese tenido una libreta y hubiera podido anotar esos momentos, no tendría dudas de su veracidad. Por eso, ya de más grande, llevé libretas durante un montón de tiempo: libretas Norte, grises, de noventa

---

páginas, libretas de tapa dura, libretas celestes, Onix, espiraladas, número setenta. Libreta gris, Meridiano, número setenta, ochenta hojas. Tiene anotada en su comienzo, una frase de Henry Miller, de *Trópico de Cáncer*. En la página siguiente dice: «Esta libreta es regalo de Lali». Libreta gris, Meridiano, número cincuenta, ochenta hojas. Empieza en febrero del 94. Al comienzo hay frases de Jenny Fields, la mamá de Garp, son frases transcritas por Lali y hay también una hoja seca. Otra libreta negra, Éxito, cien hojas. Tiene pegada una calcomanía: «Newly digitally remastered from the original master tapes», sacada de un CD de Frank Zappa cuyo título es *You Are What You Is*.

Las compraba, me las regalaban mis amigos, mis novias, a algunas hasta las encontraba en la calle. Encontré una hermosa, de tapa verde, de hojas flexibles, del tamaño de una mano abierta, que ya estaba empezada por una letra de médico, jeroglíficos, y que yo continué hasta terminarla en el verano del 94. Tengo otra de tapa dura, con el lomo verde, que parece un libro antiguo, del tamaño de una petaca. Era un poco eso porque la llevaba siempre en el bolsillo de mi sobretodo en un invierno que pasé en París. Y así como alguien saca una petaca para meterse un trago, yo la sacaba para anotar algo que se me había ocurrido, algo que había escuchado, o que había visto. Siempre era la urgencia por no dejar pasar nada que pudiera servirme para escribir. Más adelante pensé que si algo valía la pena en verdad, uno no lo iba a olvidar, no era necesario anotarlo. Pero ahora estoy mirando esta libreta y muchas de las cosas que están anotadas me son completamente misteriosas. Dice en la primera página: «1997/ Febrero. París. Venecia. London. Berlín. Iowa. NY. 1999». Así que la libreta empezó en París y atravesó largos viajes que hice. Hay una anotación al pasar en el medio de la libreta: «Ayer no pudieron sacar la foto del edificio porque Germán dejó la luz prendida». ¿Qué es

---

esto? Y después me acuerdo: durante la beca en el programa de escritura de Iowa, todos los años se sacaba una foto al inmenso edificio —una fachada continua de catorce pisos y varias ventanas de ancho— donde daban las ventanas de los becarios. Para eso, nos llegaba un instructivo de quién tenía que dejar la luz prendida y quién no, para que por la noche se leyera iluminada la palabra IOWA en medio de la oscuridad del bosque donde estábamos. Pero Germán Carrasco, el genial poeta chileno, se las tomó del lugar y quedó varado vaya a saber dónde, y dejó la luz de su ventana prendida y se leía IOWA con acento en la última A. Como nadie pudo entrar a su cuarto para apagar la luz ni pudieron dar con él (después me contó que se quedó viendo a un cuervo que estaba parado en la entrada de un edificio del Downtown) tuvieron que desistir y hacerla otro día. Yo lo anoté.

En una libreta que me regalaron unos ilustradores, dice en la primera página: «Tholon Kunst diseño». Esta libreta tiene la particularidad de que cuando la empiezo soy un padre de familia feliz que vive en una casa, y cuando la estoy por terminar vivo con un tenista retirado, depresivo, en su amplio departamento. Los dos, por lo que anoto, estamos pasándola mal y tomamos tranquilizantes. En esta libreta anoté un poema que me recitó mi hija Anita, que debería tener seis años en ese entonces: «Todos los soles tienen rayos/ las flores ahora nacen/ la luna bella como la belleza/ la oscuridad lo hace reír/ corococó/ qué sorpresa!/ el superhéroe aparece».

Hay otra libreta misteriosa. Comprada en Chile. Es de mi primer viaje ahí. Fui con una novia y llevamos para una pareja un regalo —una caja que nunca abrimos ni supimos qué era— que les mandaba Juan Gelman. Anoté: «La mujer dice que se curó un cáncer de útero haciéndose baños de vapor constantes. El hombre dice que vieron caer el tumor en la palangana». Dos páginas más adelante, junto con una di-

---

rección de la terminal de buses, anoté: «Anoche ruido en la planta baja de la casa, movían cosas». Pasamos solo dos días en esa casa. Llegamos un día por la tarde, con la idea de dejarles el paquete de Juan e irnos directo para la terminal de buses y viajar a Horcón, que era nuestro plan. Pero la pareja nos dijo que nos podíamos quedar a dormir y salir al otro día. Cosa que hicimos. Dormimos en un altillo que tenía en el techo un ventanal roto por donde entraba el rocío. Me costó dormirme y durante la noche escuché los ruidos que anoté en la libreta de apuntes chilena. Al otro día desayunamos, nos despedimos y nunca —a pesar de la infinidad de veces que volví a Chile— volví a ver a la pareja. Ambos eran poetas y muy agradables. Cuando llegamos a la terminal de buses, en los diarios decían que se habían fugado más de treinta guerrilleros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que estaban presos en un penal de máxima seguridad. Veinte años más tarde, hablando con un exguerrillero en la selva de Costa Rica, me dijo que, probablemente, yo había estado en la casa que era un punto de escape después de fugar de prisión. Ni bien escaparon, fueron a determinadas casas y de ahí consiguieron salir del país, que estaba todavía bajo la dictadura de Pinochet. Me nombró a la pareja y me dijo que ellos eran enlaces. Le pregunté por qué si sabían que iba a haber una fuga nos dejaron quedarnos a dormir. Me dijo que probablemente la fuga se adelantó y que tuvieron que improvisar. Releo ahora mi apunte en la libreta: «Anoche ruido en la planta baja de la casa, movían cosas».

---

## EN LA GRANJA DEL NORTE

Pasé 56 años sobre el planeta sin saber el significado de mi nombre. Para mí era solo un nombre común de los que solían poner los padres a mitad de los años sesenta: Marcelo, Sergio, Carlos, Juan. Crecí con esos nombres a mi alrededor. Hasta que, hace poco, Victoria me dijo que mi nombre venía del latín y derivaba de Fabius, que quiere decir «granjero» y, en algunos casos, *granjero de almas*. Me gusta más la primera acepción. *granjero*.

Esto me llamó la atención porque justo esta semana estuve dando en mis clases un poema de John Ashbery que se llama «En la granja del norte». Cuando doy un poema, lo primero que pregunto es de qué trata. Con algunos poemas es fácil encontrar la historia, pero con los de Ashbery o los de su compatriota George Oppen es más difícil. En el primero, porque siempre hay una promesa de sentido que nunca se completa, y uno tiene que surfear el poema aceptando esa pequeña frustración. Los poemas de Ashbery surgen con la arquitectura del sueño, de la molición de los días, de los caminos que no tomamos pero imaginamos haber transitado. Oppen, en cambio, parece escribir el poema completo, la narración total, para después borrarla y dejar pequeñas esquirlas de sentido. En los poemas de Oppen las palabras y los espacios en blanco tienen el mismo valor.

---

Si bien Ashbery no es un poeta confesional ni trata de emitir sentencias en los versos que se narran con un pronombre que va variando a medida que transcurre el poema (uno diría que a veces el poema se comenta a sí mismo mientras sucede), siempre es posible llevarse a casa algo que ilumina el presente. Por ejemplo, a mí me llamó la atención la catarata de obituarios que se hicieron por las lamentables pérdidas de la pandemia. Lo que me impresionó es cómo las personas en vez de honrar a los muertos, se dedicaban a hablar de ellos mismos a través de los que se fueron. Ni hablar de transitar el duelo y esperar para escribir: directamente uno tenía ante sí un derrame egoico de elogios que el muerto en cuestión aún tenía para decirle al que escribía. Hacer hablar a los muertos no es algo que solo sucede en la Escuela Científica Basilio. En un extenso poema en prosa de Ashbery llamado «El sistema», se lee: «solo consiguen pensar en ellos mismos, cuando todo el tiempo creen que solo están pensando en Dios. Con todo, en lo más íntimo de sus mentes, saben también que algo no va bien».

Escuché leer en vivo a John Ashbery en una librería de San Francisco. Fue en el 98. Ashbery estaba más envejecido que en las fotos donde yo lo había visto por primera vez. Me pareció que tenía un aspecto similar al de un actor porno que leía en voz muy baja. No pude entender nada de lo que recitaba y me di cuenta de que este discípulo de Wallace Stevens era un poeta para leer con los ojos de la mente, con nuestra propia voz interior. Cuando trabajo con sus poemas, les pido a mis alumnos que lean siempre el mismo pero muchas veces, tantas como alumnos haya. Esa repetición, esa clase mántrica, recupera, creo yo, algo de la multiplicidad de voces que conforman el poema de Ashbery. Con cada lectura, paramos y hablamos del poema, de qué trata, qué nos dice, qué creemos que dice. La iteración es clave en la poesía de Ashbery. Uno se termina sorprendiendo por la

---

cantidad de posibilidades que tiene el mismo poema para personas tan diferentes. Y escuchado en voces disímiles. Cada voz singular tiene una historia, la voz nos habita y nosotros la transitamos y ahí crece el poema de Ashbery como una especie de comedia melancólica. «En la granja del norte» es el que elijo siempre para introducir a Ashbery en las clases. Tal vez porque, a diferencia de muchos de sus poemas, este es breve y casi preciso. Los poemas de Ashbery son a veces muy extensos y exigen un lector que los lea de a poco, a veces rebobinando, a veces pasando versos de largo, en busca de la revelación. Otros poemas tienen estructuras geométricas complejas o están fragmentados, como la pintura abstracta que tanto le gustaba cuando empezó a escribir en los años cincuenta. Escuchen «En la granja del norte»:

«Desde alguna parte alguien viaja furiosamente hacia vos,  
/ a una velocidad increíble, viaja día y noche, / a través de la nieve y el calor del desierto, a través de torrentes, a través de gargantas. / Aunque ¿podrá encontrarte, / reconocerte cuando te vea, / darte lo que tiene para vos? / Aquí no crece casi nada, / sin embargo los graneros revientan de comida, / bolsas de comida amontonadas hasta las vigas del cielorraso. / Los arroyos corren dulces engordando a los peces;/ los pájaros oscurecen el cielo. ¿Es suficiente / poner el plato con leche en el zaguán todas las noches, / pensar en él a veces, / a veces, siempre, con sentimientos confusos?».

El jueves mi hija Ana, mientras merendábamos, me contó que estaba expectante porque la directora del colegio donde va le informó a su clase que la semana próxima iban a tener un nuevo compañero. Un chico japonés que se llama Ao Sasaki y que quería, la directora, que lo recibieran con cariño. Mi hija me dijo que lo esperaba con anhelo y se preguntaba cómo sería, qué cosas empezarían a partir de su presencia entre ellos. Por la noche, antes de que se duerma, le leí «En la granja del norte», de John Ashbery:

---

«Desde alguna parte alguien viaja furiosamente hacia vos,  
/ a una velocidad increíble, viaja día y noche, / a través de  
la nieve y el calor del desierto, a través de torrentes, a través  
de gargantas. / Aunque ¿podrá encontrarte, / reconocerte  
cuando te vea, / darte lo que tiene para vos? /.